

EL BEBEDOR DE LOS ARROYOS

M^a Ángeles Maeso

edición en papel
Editorial Huerga y Fierro
Madrid, 2000

“Ah la mentira, ciencia del silencio”
Antonio Gamoneda

*“Ya ni siquiera presentimos
y luego nos quedamos asombrados...”*
Vladimir Holan

*“No se oye nada.
Cerradas con llave las casas. Cerrados con llave
los corazones.
Cerradas con llave las bocas. Nada.
Sólo se oye el paso del policía
en los nocturnos barrios de Atenas”*
Yannis Ritsos

ADVERTENCIA

PARA UN TURISTA SOLITARIO DISPUESTO A SENTARSE
DEMASIADO TIEMPO EN LAS GRADAS DE EPIDAURO

He ahí la piedra y sobre ella
marionetistas de hierro sofocleo obligando a sus muñecos a
andar a hachazos por horas extras.

He ahí los podridos padres,
la monja Yocasta, el cura Layo, el tramposo Edipo, tiranos
jugando como átilas de Noveccento a tirar al niño dios por
las cunetas.

Y ahora tú, amigo solitario,
busca que te busca un dulce entre la hierba.

Nada te distingue del demócrata capitalista de la primera fila,
nada de quien se agita sobeteando en sus bolsillos el
meloso fatum por si salen en el cuento semiahogados
nietecitos.

En ascuas como ellos, también tú, rebuscando niños por los
huecos de las piedras.

Mi advertencia consiste en que, al salir, no se te ocurra cederles
paso.

Desconfía de sus propios hijitos cirujanos que a ratos se hurgan
dianas tumorales en sus propias células.

Deja que caiga fuego contra todos ellos. No permitas que fallen
los oráculos.

Ni que avance hasta tu ahora ningún hombre sin recuerdos.

-I-

Había nieve en Epidauro.

Sólo nieve y cepos de piedra bajo el exterminio de la luz.

Vi que el abandono sucedía en el instante en que por él me preguntaba.

Vi que las cosas terribles que en mi mano imaginaba ya habían ocurrido.

Y oí al ciego que gritaba: *ahora ya puedes enfermar, mujer, de una enfermedad que ya tenías al conocer su nombre.*

Era una nieve gritando así.

Un hombre solo ahí no hace nada, me decía, se le queda enorme su campo de batalla.

Un hombre solo, sin memoria, pisa esa nieve y siente como queda sin remedio congelada.

Era una nieve gritando así.

Y no hubo espalda de serpiente, ni cuerpo de grito o de pregunta que no quisiera salir de ahí.

-II-

Pues realmente, ¿cuándo sucedió cuanto ocurrió a espaldas de Edipo, el harapiento?

El momento en que los sótanos desvelan los sucesos, ¿no es acaso el tiempo único de los acontecimientos?

Ahora hay voces de herramienta recién usada en la oscuridad y hasta por teléfono la estructura profunda del odio queda al descubierto.

Está sucediendo.

Sí, que dos o tres metamorfosis se detengan como erizos congelados. O como relojes disueltos en caldo orgánico.

Plaga de orugas que te da en los ojos sucediendo en un ahora de polillas que en tinieblas desovaban.

¿A cuál de sus ovillos podrías preguntar dónde está el mañana?

-III-

Cuadrillas de mariposas del desierto propagándose en los tallos
de los lilos.

Pelos con parásitos en las tijeras de cortar pescado y las barbas
del Che.

Cánceres germinando a discreción en las graciosas rúbricas del
libro de familia.

¿Podrías jurar tres veces que ningún tambor les precedía?

¿O es que no hacen ruido los saleros al caerse boca abajo?

¿Y si a la hora de los postres ya nadie decía una palabra, ¿cómo
es que no oíste a los gusanos trabajar en las manzanas?

-IV-

Entro en la ciudad quemada, en la callada carne pellizcada por
una cremallera que sube dominicalmente.

Habría por aquí algún susto del barro, algún quehacer de ánfora
inclinada agotando sus reservas. Un grito

de haberse puesto a mirar a fondo como una planta en arco
verdemente atormentada.

Y no se oyó.

Y fue anterior al que pronuncian las vasijas o las madres contra el
suelo.

Si nada más paró la música en los salones y en el ágora, ¿qué
haces gritando aún, equivocado cuerpo ante la luz de la
mañana?

-V-

Se oía.

Los inciensos y los humos de los muertos tendrían que colarse por los ojos del palacio.

Al atardecer,

dentro y fuera apestarían las semillas, los ropajes y las piedras.

Se oía.

Yo sé que en el pecho real habría alguna arritmia, algún dolor político e intermitente.

El que iba a quedarse ciego arquearía su espalda como un gato detenido por un perro.

El que iba a quedarse ciego, viendo avanzar la comisión de suplicantes, oyó un silencio.

Y yo sé que todo silencio que así se hace es atravesado por un arpa que se oye, por un gato que se oye, por un perro que se oye.

Se oía.

Y entonces, el que iba a quedarse ciego, encarado al más anciano, ¿de verdad se preguntó: *y éstos, con qué asuntos comparecen?*

-VI-

Una agitación de olivos secos contra las piedras no nos quita el sueño hasta el punto de abrir las puertas.

Sólo hace un vacío para encender algún cigarro con teas de laberinto y vagar con lo expurgado del espray heroico por la pared del sótano.

Un excesivo cuidado en no prender las cortinas de la alcoba y el corcho de los cuartos de los niños aproximó su despertar al sonambulismo.

Pero ¿eras o no eras un verdadero amante de acertijos?

-VII-

Como tú mismo ves, una deidad portadora del fuego azota la ciudad, víctima de embates excesivos, como tú mismo ves.

Como tú mismo ves, no levanta la cabeza del abismo y de sangrientos oleajes. Como tú mismo ves. Como tú mismo ves. Como tú mismo ves.

Por el primero de los hombres le tenían y ¿como a un guardián olvidadizo tuvieron que gritarle?

Como el primero en las coyunturas de la vida y en las vicisitudes originadas por los dioses y ¿por su celo de antaño tuvieron que llegar a amenazarle?

Y él, pertrechado en sus ojeras de lindes imprecisos y mentando al sol de los mánticos trofeos, juraba no haber sido espalda de reptil ni en profundo sueño sorprendido.

El que a los ojos de todos era el mejor tuvo que escuchar bajo el balcón algunas risas: *¿Y qué más, qué más? Pues tal vez improvisa*, pensaría una multitud demasiado hecha a los lamentos.

Cuando explicó, pañuelo en mano, que ya estaba en los hechos y que había dado orden de enterarse a su tío-cuñado, debió de resultar patético.

Pues, echando cuentas, viejo, ¿te salen más de veinticuatro horas desvelado entre tanto cabo suelto?

-VIII-

Al fin cuatro paredes propias, con sus falsos portillos de luz, y algún viaje que otro al extranjero, ¿qué más quieres pedir?

Hombres nacidos de los dientes de un dragón, ¿oirían a sus hijos hablarse así?

Largos y antiguos años sin mandar recuerdos a los viejos, sin hacer una consulta al observador de los prodigios, sin enseñar a tus hijos, hombres y mujeres ya, la cisión de tus tobillos.

A una estrechez de miras, se ajustaba tu vida estrecha y cada sueño era de saurio revestido de cortezas que nunca osarías quebrar.

Largas y antiguas horas de saurio en el cuarto de estar, entre palabras que tienen la forma de una hoja vegetal, pero no sus labios ni su agua, entre toallas tiradas por el suelo y farmacéuticos susurros con su germen de peste en el vaho del cristal.

Y pese a todo, empeñados en dar la cara como un cáncer de espejo, atravesando la inscripción balsámica del *no hay nada que hacer*, largos y antiguos trozos de obstinada luz pasaban por aquí.

Trozos de luz en medio de aquella enfermedad tebana, que ya era enfermedad en el tronco retorcido del olivo, plaga de la mudez cuando allí ponías tu espalda y tu fuerza consistía en evitar los búhos color tenaza.

Años luz pujando por salir, metiendo un ruido de cobre y cinc, como de lanzas descuidadas que galvanizan lo imposible hasta hacerlo tacto imprescindible.

Esta mañana, años luz se calza el de los pies hinchados, viejo que no atiende mi ruego para que de una vez se vaya.

-IX-

Los árboles

aún tienen su costado palpitante y una generosa porción de espanto que se pega en la punta del cuchillo y del relámpago.

Tú eras quien bajaba mirando hacia otro lado, con el alma puesta en buscar las llaves.

Y más abajo, el hierro, ya tumbado, despilfarraba su afán perpetuo de dureza sin torcerte aún tu mueca de próxima cariatide.

Los que dormían como saurios en somieres rotos extraían sangre de quincalla para siempre y delgadas blasfemias o gemidos de los trastos del latón anémico y eterno.

A los pies del árbol,
testaferros con los labios cosidos falsamente,
con las frentecitas hidratadas,
con la mítica de El Padrino en el cogote,
con escarabajos longicornes de acero en los ojales
y con otros animales, de párpados mineralmente pintados,
fueron enterrados con su reloj de oro en marcha.

A los pies del árbol ya nada sucedía por vez primera.

Tres veces al día, paseadores de perros hozaban un mismo rastro con ojos de azabache lastimero.

Y tres veces al día, gordísimos roedores de pellejo impermeable eran agremiados por idénticas heces llamadas de otro modo.

Tres veces al día, caían agujas de savia chorreante, trozos de pájaro, engrudos de polen picante.

Y las vacas decembrunas, asentadas sobre una muchedumbre de fósiles placentarios, ladeaban su final de bruñido alambre.

A media altura del árbol, un segundo antes de los niños desechables, los zurdos compensados abrían sus tenazas.

Y, a media altura del árbol, atornillados por la fuerza de un minuto de silencio, reclamos de tenderos para el boom del día solidario.

Día sí, día no, cacareantes enciendevelas, transformadas por la luna y urracas recolectoras de pins con pichones de hojalata daban vueltas de ilegible hormiga abajofirmante.

Y tú eras la aherrumbrada, la vaciada por buriles imantados, la ocupada por un óxido ambidextro.

La que en el árbol, sin nemónica empuñadura, metía un arsenal de garabatos.

¿Y aún quieres preguntarle al suelo dónde está el pasado?

-X-

El silencio,

El que contrata a sus peones por los alrededores del miedo
y los pone a trabajar para el olvido.

Por caudales de afluentes secundarios, con frecuencia secos,
por barrancos sorteables con ojos de omisión, a los que una
simple brizna les disuade de ser ojivas contra el cielo.

¿Qué recuerdos, en las iniciales de los meses del estío, tendrán
los osos? ¿Quien, ahora, en las trastiendas de las
carnicerías, oh remordido labio, espera tu licencia?

A veces me pongo a recordar cómo era aquel silencio anterior a
la rotura de las lilas, porque todavía no era abril en las
afueras y en algunos comedores, los cubiertos nos rozaban
levemente, evitando los feroces modos del metal contra la
médula.

Darían, me digo, asco las cabezas con sus sesitos oscilantes en la
hondura de los platos, insomnio de arpa intransigente los
duros tallos de la vid en forma de pregunta o de triángulo.
Y el vino pondría su gota, violácea y dulce, en los manteles de
blancura imperturbable.

También sobre el temblor de algunos pájaros que graznaban en lo
alto, antes de ser fritos.

Oh pájaros atentos a las lluvias incesantes de aquel marzo que
rompió las previsiones y el cristal de la ventana donde
íbamos a clavarlos.

A veces, me pongo a preguntar a qué perro crié con aquellos
huesecillos y qué antorchas pueden perdonarme.

-XI-

Cada espera de pasos ensuciaba más la nieve.

Qué ofensivo aguardar el rayo de manos de un pastor en edad
provecta,
remirar el suelo y quedarse tiesos ante una arenga de mosaicos
macilentos,
haberse iniciado en saberes délficos y que por refranes de
ocasión, desnudo de oficio, como hoplita sin escudo,
tuvieras que acercarte al fuego.

Total por repetir: *lo mejor es vivir al azar, como buenamente
puedas*, no tendrían que ser cepos los tan besados labios de
Yocasta, ni teas de incendiario ebrio su alzado par de
brazos.

Era sábado por la noche y cada espera de pasos ensuciaba más la
nieve.

Era marzo. En todas las arcas torácicas había unos cuantos
verbos revueltos como orugas o avispa en botellas,
unos cuantos hechos a la caza de un sujeto.

Yo me preguntaba si llegaríamos a ser
como esos padres que, dormidos en los bancos, pierden a
sus crías por los parques.

Era sábado por la noche, había un dolor enciclopédico y botánico
en los vasos corporales y en cada reservorio los pétalos de
los cerezos eran lluvia que caía con un peso de aguja y
hielo.

Un dolor dispuesto a ser adjudicado a cada célula.
Un dolor legible en cada salto de luz de la escalera.

En los muros, galgos dando tumbos por una eternidad de
ocultaciones al óleo detenidos y uno ojo de cebolla
chorreante que miraba por detrás de un póster.

Sangre de hormiga a hormiga en los manteles pasados de abuela
a nieta,
patas de escarabajo en las cortinas de nudosos cabellos,
ovarios de azulencas moscas en las sábanas amembrilladas,
moho cuajado en sus bordados a la espera de que un hilo sinuoso
se dejara coger por su pasado.

En peligro de escuchar, yo me preguntaba en qué corro de
hilanderas no harían desde siempre las agujas su labor
desfigurada,
si después de todo, un ojo en su triángulo, en su tercer brazo, en
su tercera vía, fue siempre una remesa negociable.

Ya ves, oí decir, acuérdate de Lot haciéndose el dormido
mientras sus hijas se lo trajinan.

Siempre descansó en paz. En cambio su mujer...

Pregúntale a la nieve por qué fue ella quien se quedó de piedra.

-XII-

El camino que se estrecha entre las peñas deja escaso sitio a la razón: Nadie entra ahí a discutir qué es lo primero.

Ibas con un nudo en la garganta y justo entonces los demás en tu camino.

¿Vienen o van a Delfos tus caballos?, azuzándote con agujas incordiantes los tobillos,
con dientes de animal que se agiganta nublando el horizonte del que amó los acertijos.

¿Acaso tú sabrías decir en qué pensabas? O despides o te despido, di.

Nada, en tal desfiladero, es cosa de mendigos y sobran las palabras. ¿Acaso no sabe ser garfio de ladrón alucinado toda tu alma?

Actúas, abriendo venosas sendas, y son los hechos quienes dicen lo que tú quieres poner en marcha.

En tal desfiladero, todo tirano sabe, al primer mordisco de la estrechez, sacar su airado guante de hierro para hacerse sitio.

Todo tirano sabe pinchar con naturalidad al otro, como el naturalista a los coleópteros.

Así que dos tiranos cara a cara son una multitud ahogándose.

Así que, ineludibles palos de ciego anticipado ahí, donde el más joven demuestra estar ya listo para ese oficio que consiste en llenar el aire de sacos de deshechos liláceos y sofocantes.

Con los brazos cerrados, con los ojos también, buscaste tú a quien rogar que la fuerza de tus codos te fuera desconocida.

Con los brazos cerrados, con los ojos también, sigues rogando
que alguien ate bien a tus rabiosos niños, que no pasen
resolviendo a borbotones por ahí, que no pasen corriendo
por ahí, que no pasen corriendo, que no pasen por ahí, que
no pasen.

Es un territorio exclusivo de tiranos. Que no pasen por ahí.

-XIII-

Irse despidiendo en vivo de nosotros mismos, zanjando la
cuestión de un palpito con kilómetros de por medio y no
hacia abajo.

Así unas diez o doce veces y al grito de circulen circulen, no
quiero corros y mucho menos con los niños.

Hacia la mitad, si es noviembre y llueve, si muy mansamente y
para ti sola llueve,

pones un disco de jazz, pones un gato en el sofá, pones en agua la
Santa Cena y Las Completas de Lenin,

te asomas a la válvula mitral y te pones a mirar en el haber
del a-ver-a-ver averquéqueda.

Y eso es todo.

Más de uno se sacó los ojos.

-XIV-

La luz de la discordia abrió esta zanja en los tapices con corderos
sesteantes.

Una rasgadura, como de año bisiesto en las praderas.

A una y otra orilla, insectos asexuados y rosales de cabeza
claudicante como pelados sauces.

Nada que llorar.

Amé en la oscuridad y ahora es mi vestido transparente como ala
de cigarra.

Ver, no ver. Amar, no amar. Ni siquiera tal distribución en la
memoria compone una balanza que indulte el alba.

¿Qué paraliza al cordero entre las zarzas?

¿Qué hábito de hierro quieres darme, viejo?

¿Qué inconcreta aprehensión de culpa impide a este dolor ser el
del guiño envuelto en musgo y como él ser fuerte y
ofensivo?

¿Qué nieve, nunca vista, es la que increpa: *¿y a qué esperas para
que tu existencia errante, de una vez comience?*

-XV-

Peces de afilado y luminoso hocico rompiendo su envoltura de
periódico atrasado, golpeando a fondo las clepsidras hasta
un estallido de minutos en burbujas...

Pero ¿sólo astillas de basalto poniendo en entredicho tu aliento
en los espejos?

Una caracola, almacén de sal vivísima que ya no es para oír,
¿única ofrenda semántica de un piélagos enroscado por el
trueno?

¿Nada más, viejo? ¿Nada ante el mar? ¿Ninguna lucecita en la
mudez de sus senderos cortados a serrucho?

¿Ningún beso intangible por tu envés? ¿Nada irisado entre la
infancia y este espanto?

¿Ningún animalillo con la bola hiel pinchada? ¿Ninguna
diminuta esfinge de pus entre la espuma de los medios?

¿Nada ante el mar, viejo?

¿Todo es dolor de ojos que no pueden contraerse?, ¿de midriasis
calentada desde adentro hasta un diámetro culpógeno?

Duele, viejo, el epitelio escamoso de la córnea memorial, duele
globalmente, con su áspid de albañal tebano y conmigo
adentro.

¿Nada ante el mar de nuevo? ¿Y qué te humedeces y te frotas
como un niño de leche, siglo atrás?

¿Los ojos? ¿Y qué harán los ojos? ¿No ves que es ya insufrible
tanta claridad?

-XVI-

De nada dormir como la grulla, en campo abierto y sobre una
pata.

Con las uñas de muchos, con ínfulas de murciélagos borrachos,
se da la frente en lo tapiado.

No bebas nunca solo, no eres el que dicen. Cómo reían, viejo,
escupiendo dulzuras moribundas con vaivén certero de
alicate.

Y las copas se llenaban de agujones movedizos y de cierta miel
incontenible que sin ellos, jamás habrías probado.

De nada, viejo, reñir a brazo partido con el rayo, de nada querer
seguir a solas con tu dios la juerga.

Los otros, los otros, montañas de botellas dispuestas a ser vidrio
sabio y generoso,
los otros, pizcos de luz contra la vaca que en la nieve se clavaba
pisando una inscripción rupestre.

¿Ibas dentro de un dado y, por la cara del uno creíste obtener tu
suerte?

-XVII-

Para Amelia

Otra clase de luz:

Frente al fuego, las palomas encerradas se reducen a carne de gallina.

Otra clase de agua:

Frente al pozo, los labios se retiran a su base de dólmen funerario.

Pensaba en esas manos

que agarran tu cabeza señalando minuciosamente a lo que vuela.

Pensaba en ella

que, en los estanques con bruma, con algo que no arrasa, hace visibles las libélulas.

-XVIII-

Las linternas incendiarias que vinieron por detrás de los eclipses
ya hicieron su trabajo en las pestañas.

Ya no es lícito asombrarse ante las alas difuntas que se sacuden
las semanas.

Fuera la dicha del entender mayor que la del sentir, bastara
cumplirse en vigía indemne, suficiente descifrar el vocerío
de las sombras para acallarlas.

Sin embargo, ya hacia el martes querrías otra cosa, no más
explicación de agua lustral conservada en hielo, no más
gusanos de seda viva desovillándose.

Hacia el martes querrías algo táctil y no esta edípica envoltura,
definitivamente pálida, que no es propiamente tuya, ni
verdaderamente luminosa y cóncava.

Hacia el martes los extranjeros son ávidos y sonrientes y tú sabes
ser amable como un funcionario de prisiones en el café.

Hacia el martes ya no tienes más saber que este que, en todos los
idiomas, pronuncia marzo en las ramas del almendro.

El que al fin, en ático le hizo gritar al viejo: *¿cómo voy a ser un
malvado por naturaleza, yo que devolví lo que había
sufrido, de suerte que, aun si lo hubiera hecho
conscientemente, ni en ese caso hubiera llegado a ser un
malvado?*

-XIX-

Nada, ni siquiera la vergüenza, cambia una verdad ya terminada.

Es la limpia llanura mate de los puzzles acabados veinte veces.

Por eso, nada. Ni un pelo de punta ante las fotos reveladas con retraso.

Nada, aunque oiga sobre ellas pasos de gatos y de otros animales que no salieron.

Ya es mía y para siempre esa boca con sonrisa y con dos o tres ratones quietos.

Si al menos hubieras sido una de todas las que fuiste hambrienta.

-XX-

En la triple encrucijada de los fines de semana cualquier nube se
aprieta y se hace ojo que faena en los cestos de carbón.

Lo urgente es darse cara a cara con un ángel cuyo rastro está
encerrado en las leñeras.

En vano el gemir del bosque es blanco, en vano una luz roja
resalta uno y otro rostro.

Tu reflejo, en los ojos del ciego, es una hoguera hipnótica de
ideas y poemas.

Ya no vives de sentimientos ni de hechos.

-XXI-

Hacia qué memoria, hacia qué suelo de hierba, tendrás que apresurarte, restregado labio, a soltar tu queja.

Antiguamente pensaba en cascarones de hierro abiertos por lanzas placentarias desde su interior, en un arsenal de luciérnagas infalibles reservado en el pañuelo de la infancia.

Antiguamente, también el experto en acertijos se las componía con el tenaz discurso de las aguas subterráneas y con un par de silencios de uso razonable.

Ahora sé que las estrellas pueden caer de punta en lo que pillan y soy yo quien está agujereada, llena de pajitas, como un helado de vainilla derretido para nadie.

También sé que ningún dolor caído así, en los juzgados del amanecer nos verifica.

-XXII-

No mandes tan pronto tu ropa a África, antes comprueba quién vive en tu desierto.

Tienes que pasar por esto, respondió el rey nuevo. Y no cuentes con nada más para ponerte en marcha.

Pero, una y otra vez, *De esta tierra arrójame cuanto antes,* insistía el ciego.

Miraba y remiraba por los huecos de los trozos quitados. Puesto en claro su linaje, espantando husos de mosquitos, miraba y remiraba adentro de los días venideros.

Era abril y yo no me movía.

¿Y si al tic-tac del frío no se empañan los espejos?

¿Y si esta soledad me descubre como a los muertos?

Miraba la llanura del cristal, e incluso al alba y al ocaso el cielo era incoloro y sin recuerdos.

-XXIII-

Como esos lugares de encuentro que ves en los aeropuertos, ¿ya eres sin palomas, sólo-cuerpo-suelo para que puedan celebrar su cita la flor y las agujas?

¿Y el resto? ¿Y todo lo que dejabas para después de la muerte?

Todo lo que daba vueltas, como ese millón de refugiados alrededor del lago Tanganika, ¿ya fue tocado, hundido, quemado, descuartizado?

Pregúntale a la nieve, viejo, qué cosas eran esas que siempre dejé a la espera.

-XXIV-

¿Olvidado qué? ¿No retumbaron balidos de corderos apenas el pastor movió los labios?

Dentro de mí, por el ahora del pastor que enciende sus cerillas, estrellas de cinco puntas oxidadas clavando su nemónica venganza.

Basta.

Déjame viejo, hacerme cargo de quien vive en el olvido, huérfano saltando de quirófano en quirófano, huérfano matasellado en las oficinas del paro, huérfano de boca de león a boca de estuario.

Déjame en los ojos del buen pastor que hoza por los mórbidos oteros de Corinto, en los lunes anteriores al picotazo de la avispa que incuba tu endotelio, en los lunes anteriores a los daños vasculares y a la piedad de los hospicios.

Déjame en el lunes del buen pastor, en la geografía de la esperanza, en el caudal legible de sol y manantial que abría en abanico mi mano blanda.

-XXV-

Este invierno lleva un guante de ultimátum mentiroso que a
empujones manosea oseznos
y un ronquido de caballos de cartón y de rotas tibias de muñecos.

No colaborar: Por debajo de los durmientes, en la hondura de las
aguas dulces, la ameba fagocita un paramecio y si te
tumbas oyes consagrar la ley del fuerte.

No colaborar: Este invierno es insoportable contigo, viejo.

Hacia Atenas, los senderos son de piedras a las que todo les
sucede
y de árboles que, pese a mí, se despellejan.

No colaborar contigo, viejo: Hacia Atenas el frío que me congela
está pidiendo un grito que, sin punzones de hierofante, a ti
te sería extranjero.

Un grito sin presagios ni propósitos, un grito que sólo es grito, el
que, en las venillas de la escarcha se oye con su ínfimo
diástole de cero a cero.

Sólo eso, un grito, para no colaborar con este alma sin peso del
invierno.

-XXVI-

De haber sido esclavo no habrías llegado a viejo.

¿No recuerdas cómo eran contestados cada vez que preguntaban por sus padres entre el humus de tus establos?

De haber sido mujer estarías colgado,

penduleando como tu vieja bailarina umbrátil, la que supo al fin cuánto le debía a un tacto de niños malametrallados.

Como eres tirano y ya sin otros a ti te tiranizas.

Sin otros campos que abrasar de ti haces el fuego.

Tú frente a ti mismo para tus golpes de ciego.

Triste hombre frasco opaco, nadie querrá beber de esa ponzoña

malcasada de causas y de efectos.

Nadie, ninguna mujer, ningún asalariado, al menos.

-XXVII-

Apechugada paloma fin de siglo, ya hecha al sobeteo intermitente de los cables que aquí y allá se ven inevitables:

También por lo más bajo hay cintos, brechas al acecho de un vuelo raso, esquivo y tímido, como de inmigrante despapelado.

Apechugada paloma fin de siglo, ya no será fácil morir de espanto y, sin embargo, como una bacteria oscura y mentirosa,
como una cambiante mancha inoculada en las hojas de una parra anterior a la morfina, el dolor busca sus sitio.

Itinerantes son las púas del rosal que atraviesa el pájaro ensimismado, de cuerpo engrasado excesivamente, de magullados órganos y nubes, cuyos nombres desconoces o no consigues recordar.

Ya no será fácil morir de espanto y, sin embargo, en cada domingo sin fuste hay un pía que te pía de inequívoco animal atragantado.

Un aleteo de marfil añejo, de sucia camisa de fuerza imperecedera que no sabes denunciar.

Y no es agónico y dormido, no como pico industrial o como póster de ong fabricado en serie.

Demasiados domingos hay un dolor facial de trigémino impetuoso y ocultadizo que deforma el lagrimal del ave insomne con un peso de plomo.

Demasiadas veces, el aire es de color pizarra y en el costado izquierdo te queda un frío de fragmentos que no metabolizas ni en reposo.

Demasiadas sombras, huérfanas y viudas, se revuelven bajo suelas que increpan sin miramientos: *¿qué es eso, viejo pico, así que no tienes sitio?*

Definitivamente, alguien está castigando la belleza del errante

desnortado,
del que sin espasmos prevé con nitidez mayores daños, y ni
siquiera sabe formular su queja.

-XXVIII-

Llueve mansamente en los parques descuidados. Sus escombros
fulgen como el Umbral del Bronce en un bosque de
Atenas, veintitantos siglos hacia atrás.

Como entonces, cualquier rendido a la intemperie, cualquier
huérfano animal se irisa y abdicar ya es fruta que nos
tienta, fruta por dentro trabajada, con un rigor de
estalactita.

Asiento de luminosa piedra tomó por aquí el ciego, el que soñaba
con caballos desbridados y cestas de cangrejos, con
parientes de primera cogidos de una nube por los pelos.

Asiento de luminosa piedra, de rojísimos atardeceres, fácil de
ocupar ante la música tenaz de un viaducto en embestida.

Fácil de ocupar también por un coro espantadizo que apenas
sabría murmurar *tus hijos, oh tus hijos, piensa en ellos.*

¿De veras creíste, viejo, que nadie por el suelo?

Llueve mansamente en las llanuras sin nombre alejadas de
Epidauro
y aquí, sobre flores de extrarradio, donde morir de golpe
tampoco nos fue otorgado.

-XXIX-

Recuerdos soldados entre sí como pétalos de flor de hierro.

Actúa en tu contra la montaña que se abre ante semejante peso.

Lámparas inútiles a fuerza de danzar con la misma luz, clavada siempre con su misma punta de compás en tu corazón.

Una y otra vez, en las horas agudas, donde da la soledad diente con diente, remendando tus andrajos de memoria reventada.

Una y otra vez el mismo verso de vuelta abriendo el suelo: *¿valió la pena, viejo, de veras conocer valió la pena?*

Y una y otra vez, benévolamente, con lengüecitas de hierba aún no asomada,
con una brisilla amnésica de húmeda hojarasca que así misma se ignora,
oyéndote, viejo, como a los álamos por su raíz: *¡Eh, tú, tú, la que hace tiempo que se retrasa!*

Una y otra vez, benévolamente: *¿Y a qué aguardas para venir?*

-XXX-

No es nadie. La plaza está vacía. Los otros, ¿quiénes, viejo, son los otros?

No es nadie. Es el error metiendo ruido, lima que te lima al otro lado de la puerta.

Tienes que agarrarte a él, tú que no quieres sólo la verdad, totalaverdad, la verdad entera.

No es nadie. Es una mañana, cualquier mañana henchida y satisfecha creyendo que sólo con ser luz a sí misma se basta.

Miente.

-XXXI-

En vano lames lo que sobra de la noche, en vano haces la muerta
en sus cráteres brillantes.

Nada te dice la luz que llega con pasos de madera, nada la miel y
el agua que mana junto a las tumbas de los santuarios, y en
vano viertes sobre ellos libaciones de impuras mezclas.

*Fuera, fuera. Sal de ahí, estás hollando una tierra que es
nefando pisar, gritaban las euménides.*

Urge salir del vedado si no eres del los Ojos Hundidos, si tu
cuerpo aún no compone una seria luz indolente y sólida.

*Fuera, fuera. ¿No ves que no eres tú quien las piedras reblandece
y que tampoco es para ti esa luminaria cóncava donde un
dios en celo pega voces?*

Que tú eres sólo quien pregunta: ¿cómo pudiste dejar que un rey
venido a menos participe en tu desbroce?

-XXXII-

No hay nadie, el tebano ya no mueve las cortinas ni señala un
pozo de sudor helado cada vez que te despiertas.

Le ves partir, recto cual tirano, hacia los signos de la piedra y de
un amargo frutal silvestre.

Y tú eres quien mira y tú eres quien sabe que ver es una diminuta
ración del verbo hacer,
una irrisoria acción en el granero de los trágicos donde todo es
cuestión de hechos.

Pero ver su espalda que sin ti se aleja no es algo que sin ti
sucede. Míralo
extender la mano hacia un mendrugo y compartirlo con su
su perro, que puede ser su hija, que puede ser su hermana,
hacerse un corte en las muñecas sólo por comprobar si duele y si
en su torrente circulatorio ya se malograron las gotas del
aceite que robara a la lechuza.

Míralo preguntarse si sabrá reconocer un bosque a su medida.
Míralo tocar en su esforzado índice de nictálope un anillo y poner
a bailar el alma sobre una piedra, jugar a ser feliz estatua,
cínica esfinge sonriente capaz de responder con más
preguntas de las que le fueron formuladas:

*¿Pues en verdad sucede que, cuando nada soy, es cuando
soy persona-tumba necesaria?*

Así avanza, míralo, maquinalmente, la máquina matemática, la
máquina del infierno, la máquina tiránica, la máquina de la
fortuna, la máquina desnuda, la máquina culpógena, la
máquina anonadada.

Maquinalmente recto, míralo, hacia los signos de la piedra y de
un amargo frutal silvestre.

Váyase sin ti, corazón mío, no ates su final a tus comienzos.
Ni nunca quieras semejante luz de tan dura nieve.

-XXXIII-

¿Eres o no eres, viejo, el resumen de tus hechos?

El cuerpo griego que aún te queda se emponzoña en los
recuerdos que alcanzaron su sujeto, ¿quién lo quiere?

No es mala idea hacer con él un fardo y arrastrarlo
con tu propia mano, que es ejecutora, enrojecida y tuya.
Con tu propia boca, que es incestuosa, abismada y tuya.
Con el pulso de tus sienes, cuya frente tampoco era
prestada.

Si aún crees que nada de todo lo pasado en verdadero te
convierte, no es mala idea resistir hasta ese único acto
destinado a tu elección.

No es mucho que el alma consista en decidir su modo de caer.
Que fueran tus únicos encargos examinar acantilados, púas,
píldoras, diademas...

Que los dioses se te hicieran de mármol mudo y blando
solamente ahí.

No es mucho, viejo, unas vacaciones por un bosque de cepos.
Apenas un ritual de higiénicas libaciones, ahora que lo
sagrado es ya tu cuerpo.

Todo, a fin de cuentas, según se hace con los muertos.

-XXXIV-

¿Y si de veras era a mí? ¿Y si de veras ya perdí mi turno de bajada?

Tras el ajeteo de tanta luminaria, ¿no oí gritar cabalmente mi apellido por abajo?

Entre los fósforos mojados, puestos a secar como banderas olvidadas,
entre las hojas del invierno, mi nombre oído en su amarillo azufre, ¿no era ya un aire puro sin pizca de porvenir ni de pasado?

¿Son estas tus lecciones, viejo?
¿Moverse por el suelo como un perro que hozca por su propio caudal sanguíneo
y luego caer en un remanso, de sobra conocido, el que en tierra vegetal alcanza un hueso de ala muy partida?

¿Son estas tus lecciones, viejo? ¿Tu luz esta nieve congelada que apenas duele?

¿Son estas tus lecciones, viejo?
¿Abrirse senda de cabeza al hormiguero y luego plantarse como un ciego que temiera no ser visto y que duda si ha llegado a su destino?

¿Son esas tus lecciones para mí, que siempre consigo regresar a tiempo de la cena,
a tiempo de oír la lluvia junto a otros,
a tiempo de aplaudir con ellos el fragor del descampado donde tú ardes, viejo?

¿No tienes algo vivo para mí?
¿Nada, viejo, para quien dejó Atenas y, escanciando migas de carnosa luna y de recuerdos en reyerta, volvió a su casa y la vio ocupada por algunos prados y corderos de la infancia?

¿O acaso tienes algo que reprocharle al agua? ¿Qué a este manantial que por los montes de Corinto colmó tu sed a

sabiendas de que eras una res marcada?

Ningún ejemplo tuyo cabe aquí, el Duero sucede y todo rostro es
manta rota de pastor que me cobija,
diminuto y quebrado astro, vivo aún, caricia mariposa de pisada
flor, todavía en pie, abrazo de gastado sauce anónimo,
de lechosa cierva que se abre al preguntarte por qué, oh ciego, oh
triste hijo de Layo, te perdiste este regreso.

-XXXV-

No hay nadie. La matrona que se ha tirado desde el décimo lo ha
hecho en este lunes, cuya duración es infinita.

Se ha tirado y en su vuelo da cabida a los recién nacidos de todo
el hospital.

Bultos así no los sobrelleva el aire y flotan con los dueños
expulsados de sus casas
y con los jueces sentenciados a una piedra, cuyo peso no acaban
de creer.

Imposible, viejo, que bultos como el tuyo, inocentemente
culpables, culpablemente inocentes, terminen de caer.
Imposible también que alguien vaya a devolvernos a quien se
 nombra por entero madre, propietario, juez.

¿Dónde, entonces, tu dolor, que no es de hidrógeno, ni de ángel
ni de rematadamente loco, obtiene un eco y hace pie?

Todo sucede vertiginosamente y dura siglos, todo tu dolor entre
la carne del pájaro y del pez,
ante un coro charlatán que te nombra la prudencia sin decirte en
qué consiste
y ante inmóviles pastores de sonrisa arcádica ya hechos a la
gracia etérea de una y otra paradoja.

Pero un puñado de animales vive en tu dolor, un puñado de
animales recorre el invierno entre el amor y el crimen.

Un puñado de animales que alimento mira esos testigos
imposibles y deja su belleza trastocada por el rictus del
imbécil.

-XXXVI-

Sólo con vestigios de peligro lo que te hace vivir de nuevo:

La mirada que te agarra o azuza el paso, la que inmóvil
permanece frente a ti como los pozos.

La que ya no puede ser para olvidar, la que brilla en los brocales,
deslizantes, poro a poro.

La que te hace saber de nuevo que no hay más luz que la que
sube presentida, ni mayor dolor que ese quietismo sin
excusa en los cubos y poleas del silencio.

Enlunado rostro humano, si todo tu saber sólo será reconocer,
si la única existencia imperdonable es la no asediada de
acertijos, que en tu piel de nieve escarbe un labio y no sea
de fuego,

más bien hecho por el agua, un labio a tu medida, de la misma
carne que las nubes que te envuelven, de la misma textura
que tu naturaleza ausente.

-XXXVII-

Eres, viejo, el bebedor de los arroyos, el infante entablillado que con teas incendiarias se desbocó una noche hasta unos ojos.

Eres quien comía escupida miel de las tormentas y un hierro venoso de onfálico candado que no cadaveriza.
Y tendrás que ordenar las estaciones y este tic-tac del dolor que es siempre el mismo y no cabe en ningún pozo.

Eres quien dormía al abrigo de un estiércol de corderos, en un lecho de hojarasca de encinas y de olivos.
Y tendrás que darle al porvenir de la ceniza vísperas de esa yesca, híbrida y recalentada en tus cartílagos.

Eres el bebedor de los arroyos, recuérdalo. No vuelvas a temblar en julio por la gota fría de unos vientos propios del invierno, ni vuelva la memoria a ser consecutiva de los días venideros.

En cuanto a mí, soy quien está pidiendo que todo recomience, cuelgo ramos de olivo por ti ante mi puerta, dejo que tus ciegas manos de recién nacido caigan sobre mí y, como pide el mensajero, no lloro por ti.

